

# ¡Cómo, Señor, no he de tenerte miedo!

[Poema - Texto completo.]

Carolina Coronado

Yo te olvidaba ya; ni una alabanza  
a la gloriosa bóveda te envía  
la cantora sin fe; sin confianza  
enmudece, Señor, el alma mía;  
horas de ingratitud donde no alcanza  
el reflejo inmortal de tu poesía  
duermo, cuando mi sueño indiferente  
viene a romper tu cólera imponente.  
“De tus seres de amor, vaga doncella,  
¿cuál de ellos quieres que a mi voz sucumba?  
¿Qué faz querida borrará mi huella?  
¿Qué ser amado lanzará a la tumba?  
¿Tu padre morirá? ¿Tu madre bella?”  
dices, y el eco de tu voz retumba  
dentro de mí, Señor: “Todo lo puedo.”  
Todo lo puedes, sí; ¡Tú eres el miedo!  
Cubre la sombra de la muerte el mundo  
cuando tu ceño muestras indignado,  
y yo he visto a mi padre moribundo  
con la sombra mortal de ese nublado:  
Señor, al verte contra mí iracundo  
entonces tu poder he recordado;  
entonces fue el clamor, el rezo, el lloro:  
entonces fue el saber cuánto te adoro.  
Tú juegas con las vidas desdichadas,  
tú al borde del abismo las suspendes,  
y al vernos a tu cólera aterrados,  
de súplicas y lágrimas te ofendes;  
tú no quieres plegarias arrancadas  
al espanto, Señor, tú nos comprendes;  
sabes que el labio tu alabanza niega,  
y si ruega, Señor, por miedo ruega.  
Tú no cediste a mi medroso ruego,  
tú perdonaste la oscilante vida,  
porque en tu libro de radiante fuego  
la indeleble sentencia está esculpida;  
pero salvaste de su infiel sosiego

a la memoria ingrata que te olvida...  
¡Frágil memoria que tu nombre pierde  
y el miedo haya de ser quien lo recuerde!  
Ni tu sol, ni tu luna, ni tus flores,  
ni me inspiró tu lluvia del estío,  
ni penetrar lograron tus favores  
en este corazón cerrado y frío:  
insensata dejé que otros cantores  
elevaran a ti su acento pío  
como el insecto inútil que dormita  
mientras que el ruiseñor canta y se agita.  
No te cantaba cuando en calma el cielo  
ornado de celaje transparente  
brillaba puro: en tanto que su vuelo  
sereno detenía el claro ambiente  
no te cantó mi espíritu de hielo:  
más rugió la tormenta de repente,  
con tu rayo amagaste al ser amado  
y de miedo, Señor, te he recordado.  
¡Miseras oraciones y cantares  
que a impulso del temor rompen conmigo!  
no más que en las desdichas y pesares  
te llamo grande y te apellido amigo:  
sólo cuando te ruego que me ampares  
dulces palabras con amor te digo;  
sólo cuando vivir sin ti no puedo,  
“Señor, exclamo, ven, que tengo miedo.”  
¿Pero me escuchas tú? ¿Pero respondes?  
¿No me desdeñas porque indigna clamo?  
¿Tu cariñosa gracia no me escondes  
porque te olvido en paz y en guerra te amo?  
¡Ay! no el cruel remordimiento ahondes;  
no rechaces mi voz cuando te llamo;  
si tanto puedes tú, yo nada puedo;  
no es pecado, Señor, que tenga miedo.  
Tú vives entre bóvedas de lumbre  
de los soles que giran al ruido,  
y yo sin que su fuego me deslumbre  
no puedo ver al sol medio escondido;  
tú de siglos y siglos pesadumbre  
eterna llevas, –yo nada he vivido–  
tú me puedes hundir –yo nada puedo–  
¿cómo, Señor, no he de tenerte miedo?  
Tiembra del hombre el corazón valiente,  
tiembra el pueblo que audaz te desafía,  
la fanática raza del Oriente  
y la raza sin fe del Mediodía;

¡muy temible serás cuando el viviente  
de tan lejana edad, Señor, temía  
y en tanto siglos de gentil desnudo  
no ha podido vencer, Señor, su miedo!  
Tú eres el miedo que despide llamas,  
tú eres el miedo que el diluvio riegas,  
y tiene miedo el mundo a quien inflamas,  
y tiene miedo el mundo a quien anegas;  
si tu poder conoces y nos amas,  
cuando los rayos del furor desplegas  
y acobardada ante tus iras quedo,  
no te enojas, Señor, si tengo miedo.  
Puedes quitarnos los amados seres,  
nuestra alegría convertir en llanto,  
mudar en desventura los placeres,  
y trocar en gemidos nuestro canto:  
Señor, tan grande y poderoso eres,  
es tan inmenso tu gobierno santo  
¡que a tu amenaza amedrentada cedo  
y te digo ¡Señor, tú eres el miedo!